Pepet y la selva de aluminio

- Buenos días -dijo Pepet-, ¿l puedo ayudar en algo?

Pepet era un chico muy y muy pequeño, pero tan listo y despierto que, además de ir a la escuela, ayudaba su familia en la tienda del barrio. Vivían en un pueblo denominado Sancugàliu, detrás de unas montañas, muy cerca de Barcelona. Tenían una tienda de comida. Vendían pan, pescado congelado, galletas, bebidas en lata,... Lo que más le gustaba a Pepet era vender latas de bebida a sus amigos del cole, cuando iban a comprar con sus familias.

- ¿No quieres una lata? – preguntaba siempre él. Cuando le decían que sí, él iba hasta la nevera y cogía la lata más fresquita que encontraba, pensaba que así seguro que volvían a comprarle más (no le gustaba tanto vender botellas de vidrio porque pesaban algo más, y la verdad, no le gustaba demasiado tener que hacer esfuerzos).

Pepet estudiaba en la escuela de Sancugàliu. En la clase le explicaban que en las montañas de Collserola vivían los conejos y los tejones, y que en la selva tropical, en Brasil, los animales eran otros: los tucanes, los jaguares, las serpientes gigantes, pájaros de mil colores,... Él soñaba ir un día a Brasil.

Un día, su familia le dijo: "Pepet, este verano, cuando acabes la escuela y empiecen las vacaciones haremos un viaje. Iremos a un país que está muy lejos, y que es el hogar de muchos animales que no viven en Collserola: son las serpientes gigantes, los jaguares,...

- ¿A Brasil? – dijo él, con una sonrisa de oreja a oreja.
- ¡Muy bien! ¡A Brasil! ¿Cómo lo sabes? – le preguntó la madre.
- Porque yo sé que en Brasil vive la serpiente gigante y los jaguares, y que hay plantas muuuuuy grandes, ...

Pepet estaba feliz. El día de partir ya no durmió, estaba ansioso. A las 5 de la mañana, ya estaba con la mochila a la espalda gritando a sus padres y hermanos: "¡Venga arriba, que perderemos el barcoooooo!"

Era un viaje largo. Iban en barco. Salían del Puerto de Barcelona, un puerto muy grande donde los barcos son grandes como casas, lo que pasa es que éstas están flotando en el mar. Zarparon, y pronto ya no veían la tierra por ninguna parte. Todo era mar. Cuando llevaban ya tres días de viaje, vio de lejos la tierra de Brasil: era toda verde a medida que se iban acercando veía que había árboles y plantas inmensas que él nunca había visto.

Aquellos días en Brasil fueron espectaculares: se adentraron por la selva, y aquel bosque tan grande ¡no acababa nunca!: todo era verde, y hacía mucho calor. En un momento se subió encima de un árbol y al mirar hacia abajo sólo vio verde, plantas y más plantas. Entonces sintió un ruido, ¡allá no estaban solos! Oían los gritos de los monos aulladores, los cantos de cientos de pájaros que vivían en los árboles, diferentes sonidos de animales... Una vez oyeron un jaguar, que gritaba sus hijos. Otro día oyeron a los tucanes, unos pájaros con el pico muy largo, de colores y el cuerpo lleno de plumas negras. Todo aquello nunca lo había visto en Santcugaliu, ¡era todo diferente!!!. Incluso el olor de la tierra húmeda, de las cacas de los pájaros, de los frutos de los árboles, ... allá todo desprendía un olor muy fuerte.

Pepet, que iba con los ojos bien abiertos para no perderse ningún detalle preguntó a su madre:

- ¿Y aquí no viven personas, mamá?
- Sí, ¡claro está, que viven personas! Se llaman indígenas de la selva. Conocen los pájaros y las plantas, y saben cuáles son peligrosos y cuáles no. También saben cocinar y hacer medicinas con los árboles.

Pepet no podía dejar de maravillarse con todo lo que estaba viendo y aprendiendo allá en Brasil, estaba realmente contento. Pero ya era momento de volver a casa. O sea que volvieron a la ciudad en la que estaba el puerto. Antes de entrar al barco quiso subirse otra vez a la copa de un árbol para poder ver la selva antes de irse... ¡pero lo que vio es cómo zarpaba su barco!!!!! ¡Sí, sí, sus padres se lo habían dejado olvidado!!!

Pepet se puso a llorar ¡estaba sol en aquel país!! Y eso a él le daba mucho miedo (aparte de estar muy triste porque se lo habían olvidado). Se encogió como una bola y se puso en una de las ramas de aquel árbol (se acordó de Mowgly –del Libro de la Selva- y se quedó dormido con una gran sonrisa en los labios).

Cuando despertó, tenía mucha hambre, (¡no había cenado!). Anduvo por el puerto, mirando si había algo de comida. Aquellos días se los pasó buscando comida en las cajas que cargaban y descargaban de los barcos. ¡Él pensaba que algunos alimentos de aquellas cajas acabarían en su tienda!

Un día se acercó a un contenedor, que era como una caja grande y roja, de hierro, donde había unas letras escritas que decían: "Destino: Barcelona". ¡Ah! ¡Esto quería decir que aquel contenedor iba a Barcelona!!! ¡Y él quería volver a su casa!! Se puso a pensar y a pensar como lo podía hacer... decidió esperar a que se hiciera de noche para que en la oscuridad nadie lo viera. Construyó una escalera con muchas cajas de madera que encontró por allá cerca, por poder subir a lo alto del contenedor. Un vez arriba vio que había una tapa Con mucha fuerza la levantó y saltó adentro. Cayó sobre una superficie dura, lisa y fría y le pareció sentir un "ay", como si se quejara alguien, pero no vio a nadie. Todo estaba oscuro y no quería hacer ruido para no ser descubierto, así que se estiró en la superficie lisa y fría y cerró los ojos.

De repente todo se empezó a mover. ¡Estaban moviendo el contenedor! ¡Quizás ya lo estaban transportando a Barcelona!!! Por una rendija que quedaba entre el contenedor y la tapa, vio que le estaba cogiendo una grúa muy grande, que apilaba todos los contenedores en el interior de un barco de carga.

Al cabo de un minuto el barco zarpó. Se movía en el agua, arriba y abajo, y parecía como cuando la madre le hacía dormir. Se ponía muy triste cuando pensaba que su familia le había olvidado en Brasil. "Cuando llegue a casa..." dijo.

- ¿Qué harás? – dijo una voz.
- ¡Los diré que estoy muy enfadado! Que he pasado mucho miedo...- dijo Pepet.
- ¡Muy bien dicho! – dijo la voz, que hablaba desde la oscuridad.

De pronto, Pepet abrió los ojos como dos naranjas. ¿Quién hablaba dentro de la caja? ¡Él creía que estaba solo dentro de aquel contenedor! ¿Con quién estaba hablando?

- ¿Quién hay? – dijo Pepet, con voz de asustado.
- Nosotras – respondieron unas voces a la vez.
- ¿Vosotras? ¿Cuánta gente hay aquí dentro?
- No somos gente. Somos las planchas.
- ¿Las planchas? – preguntó Pepet.
- Las láminas de debajo tuyo.

Pepet, que no veía nada porque todo estaba muy oscuro, tocó el suelo: frío y liso, como al principio.

- ¿Estáis debajo del suelo? – preguntó.
- No, nosotras no estamos debajo del suelo, ¡nosotras somos el suelo! ¡Somos las láminas de aluminio que estamos debajo tuyo! Hoy has dormido encima nuestro.

Pepet no se lo podía creer. ¡No sabía que las cosas hablaban! Ahora resulta que dentro de aquella caja que iba en aquel barco se había puesto a hablar ¡con unas planchas de aluminio!

- Entonces, ¿vosotras sois planchas de hierro? – dijo.
- De hierro no, de aluminio, del material del que están hechas las latas de bebidas, por ejemplo. Somos más ligeras que el hierro, y no nos oxidamos.
- Ah, ¡ya sé qué material es! En mi tienda yo siempre vendo latas de bebida.

Las láminas y él se pusieron a hablar, y se hicieron amigos. De repente una le preguntó: "¿Tú estás algo triste, verdad?".

- Sí, bastante. – le contestó Pepet, y les explicó a las láminas la historia de su viaje, y cómo su familia le había dejado sin querer en el puerto de Brasil y había marchado con el barco a Barcelona. También les explicó que cuando llevaba unos días en el puerto encontró el contenedor, con la etiqueta que decía que iba a Barcelona, y se coló.

Mientras escuchaban esto, una de las láminas se puso a llorar.

- ¿Qué pasa? – preguntó Pepet.
- Es que nosotras también estamos muy tristes – dijo una de ellas.
- ¿Por qué estáis tristes? – preguntó Pepet.
- Porque nos han sacado de nuestra casa y nos llevan a Barcelona ¡para convertirnos en latas de bebidas!

Pepet no sabía que las latas las hacían con láminas de aluminio.

- ¿Y quien os ha sacado de vuestra casa? – preguntó.

Las láminas explicaron a Pepet que antes ellas no eran láminas. Eran unas piedrecitas que estaban debajo de la selva, con las raíces de los árboles, y se llamaban bauxita.

- ¿Bauxita? Qué nombre más raro – dijo Pepet - y ¿dónde vivíais?
- Sí, nos llaman bauxita cuando somos piedrecitas que estamos en el suelo. Vivíamos en la tierra de los indígenas, allá donde nace el río Amazonas.
- ¡Yo conozco aquel lugar! estuve con mi familia. ¡Allá vimos unos tucanes y fuimos en canoa por el río! Es un lugar muy bonito.
- Así era hasta hace pocos días. Pero vinieron unos hombres de una empresa y unos trabajadores, con unas máquinas, y nos quisieron sacar de bajo tierra. Decían que así harían latas de bebidas y las venderían en las tiendas.

Pepet continuaba con los ojos bien abiertos, y pensaba, y recordaba cuando él vendía latas de bebidas a sus amigos.

- No lo entiendo – dijo Pepet - ¡Pero si vosotras vivíais en el suelo!! Quiero decir que encima vuestro hay árboles y viven animales...
- Sí, sí, tienes toda la razón, niño – dijo una de las láminas- así que para sacarnos a todas nosotras, las bauxites, de debajo del suelo, lo primero que hacen es echar a todos los animales, después queman todos los árboles y después cavan hasta encontrarnos. La tierra que les sobra la tiran al río.
- Y los pobres peces sufren mucho – añadió otra lámina.
- Es muy triste –continuó – no sólo para nosotras y el resto de animales, que nos sacan de allá donde vivimos, sino también porque al quemar los árboles todo se llena de humo y queda negro y seco, ¡y no bonito como era antes todo verde y húmedo!
- Ostras – dijo Pep – ¡qué mal!
- Y esto no es todo – siguió la lámina – después nos cargaron en unos camiones a todas las bauxitas. Nos llevaron a una fábrica de aluminio que hay junto al río, más lejos. La fábrica es una casa muy grande que hace mucho ruido porque hay muchas máquinas trabajando. Tiene unas chimeneas muy altas, que sacan un humo negro y oscuro.
- ¿Y cómo se hace el aluminio? - preguntó Pepet.
- Ponen la bauxita dentro de unos hornos, con mucho calor, y las piedrecitas nos fundimos y tomamos la forma de láminas. Entonces se nos denomina láminas de aluminio. – dijo la lámina resignada – Para hacerlo se necesita mucha electricidad, porque cuesta mucho fundir la bauxita.
- ¡Yo os continuaré llamando bauxitas! - dijo Pepet, que pensaba que no estaba bien lo que habían hecho aquellos hombres de la fábrica de aluminio.

Las láminas continuaron explicando que la fábrica ensucia mucho el río y el aire de la selva. Cuando las láminas de aluminio ya están hechas, las llevan en camiones al puerto y las ponen en unas cajas de hierro para subirlas a los barcos. "Y en este barco os he conocido yo", pensó Pepet. "Después", le dijeron, "nos llevan a otros lugares y allá nos dan forma de latas de bebidas, o de papel de aluminio, o lo que sea".

Pepet pensó que a partir de ahora ya no le gustaba vender latas de bebidas. Y como que ahora estaba más preocupado por las láminas, la selva quemada y el río contaminado que no por sí mismo, decidió ayudar a las láminas.

- ¡Yo os ayudaré a volver a casa! – dijo.
- ¿A casa? – preguntaron todas las láminas a la vez.
- Sí. Esperaremos la noche y abriré la tapa de la caja. ¡Entonces saltaremos al mar!
- ¡Pero si nosotras no sabemos nadar! – exclamaron las láminas asustadas.
- Pero me habéis dicho que os hacen coger la forma que sea, ¿verdad? ¡Pues cogeréis la forma de barco!
- ¡Ooooh! Qué listo- dijeron las láminas maravilladas – ¡y así podremos volver al Brasil!

Y dicho y hecho. Las láminas, muy contentas de tener aquella ayuda, hicieron todo el esfuerzo para coger la forma de un barco pequeño.

Cuando llegó la noche y todos los marineros del barco estaban durmiendo, Pepet, sin hacer ruido, fue a buscar una sábana de un marinero que no estaba durmiendo en su cama.

- ¿Para qué quieres la sábana? – le preguntaron las láminas.
- Ya veréis como es muy útil una sábana en el mar – respondió Pepet.

Cuando las láminas salieron de la caja, Pepet acabó de hacer la forma del barco. Incluso le puso un nombre: "la selva limpia", le llamó. En silencio, las láminas se tiraron al agua y Pepet subió al pequeño barco que las láminas de aluminio formaron. Todas estaban muy contentas de haber conseguido tomar la forma de barco.

- ¡Viva! - dijo una lámina pequeña - ¡Flotamos en el agua!
- Pero... ¿cómo iremos hacia Brasil? – preguntó una, toda preocupada.
- No os preocupéis – dijo Pepet contento - ¡Para eso he cogido la sábana! - y en un momento la ató para que el viento los empujara, despacio, hasta Brasil.

Estuvieron viajando todo un día y una noche, para finalmente llegar a las costas de Brasil. Aquellas costas sin embargo, ¡estaban llenas de cocodrilos!!!!

- ¡Qué miedo! – dijo Pepet temblando.
- Tranquilo, que no te harán daño. Los gusta comer peces, no niños - le tranquilizaron las láminas de aluminio con forma de barco.

Los cocodrilos, muy atentos, cargaron las láminas sobre los hombros y fueron andando hasta el río. Una vez allá, tiraron el barco de aluminio otra vez al agua para que las láminas se pudieran adentrar de nuevo en su selva, llegar al lugar donde vivían y volver con los suyos. Lo que pasa es que no recordaban que al haberlas sacado a ellas de debajo del suelo quería decir que todo estaba quemado, la tierra removida, con mal olor, el río sucio y el aire lleno de humo. ¡No había quedado nada de nada! Ningún árbol, ningún animal... Nada. Nada de nada.

De pronto, se oyó un ruido. Era uno de los animales que también había vivido allá y que al ver que las láminas volvían corrió a buscarlas. Poco a poco empezaron llegar todos los animales y las plantas que habían vivido allá: serpientes, palmeras, grillos, hormigas, jaguares, ratones, plantas con las hojas muy grandes, pájaros de mil colores, tucanes, ... Todo aquel lugar que había quedado sin nada, ahora se llenó de cientos de animales y plantas que venían a recibir las láminas y agradecían a Pepet la ayuda que les había ofrecido para poder escapar del barco.

Pepet estaba alucinado: ¡no sabía que algún día conocería y hablaría con tantos animales y plantas! Estaba muy contento. Todo el mundo hablaba de cómo era aquel trozo de selva antes de venir las máquinas y los hombres de la fábrica de aluminio. Un lagarto pequeño, preguntó: "¿y qué pasaría si volvieran a venir?".

El barco llegó al puerto de Barcelona. Y unos hombres descargaron las cajas que traía.

- ¿Cómo es que pesa tan poco este contenedor? – dijo uno de los trabajadores.
- ¿Qué contenedor pesa poco? – bramó el capitán del barco.

Cuando miraron el contenedor, vieron que la tapa estaba abierta, y ¡oh! ¡Sorpresa! ¡No había nada adentro!

- Pero ¿no teníais que traer unas láminas de aluminio de Brasil? – preguntaban los trabajadores del puerto a los marineros.
- Sí, ¡de verdad que las llevábamos! – respondían los marineros y el capitán, desconcertados.
- ¡Pues aquí no están! – decía uno de los trabajadores
- Debemos volver a la selva y hacer más láminas si no queremos perder todo el dinero que pensábamos ganar haciendo latas – dijo el capitán algo desesperado.

Volvieron a zarpar hacia Brasil, con las máquinas de sacar la tierra, las sierras para cortar los árboles y los mecheros gigantes para quemarlo todo. Cuando llegaron al puerto lo subieron todo en camiones y ... ¡Hacia la selva de nuevo! Irían al lugar de donde habían sacado la bauxita hacía unos días y después irían a los bosques y selvas de al lado a continuar el trabajo.

Así que cogieron los camiones y fueron hacia allá. Cuando faltaba poco para llegar al lugar donde hacía unos días habían sacado la bauxita del suelo, un trabajador dijo:

- ¿No parece que todo está muy silencioso?

Y era cierto. Aparte del ruido de los camiones, no se oían los pájaros y animales que escuchaban el otro día.

Pero no los oían porque estaban todos los animales, junto con Pepet y las láminas de aluminio, en un silencio sepulcral escondidos encima de los árboles.

De repente un mono con la cola muy larga saltó al medio del camino. Los camiones se pararon. El empresario de la fábrica de aluminio gritó:

- ¡Sacadlo del camino, ahora no podemos perder tiempo con monos estúpidos!!!

Algunos trabajadores bajaron del camión para echarlo del camino. Pero enseguida se quedaron quietos. Junto al mono había una persona, una mujer indígena que vivía en aquella zona. Los miraba muy seria, y les dijo:

- ¿No os dais cuenta de que hacéis daño a la tierra? ¿Venís a quemarlo todo y ensuciar más el río? Esta vez no podréis, estamos bien preparados.

Los trabajadores estaban quietos, asustados porque aquella mujer hablaba muy seriamente. Llegó el empresario de la fábrica de aluminio y dijo:

- ¿Quién es esta mujer?

- Es una mujer indígena, vive aquí, en la selva, y dice que, esta vez, no podremos sacar la bauxita - le explicaron los trabajadores.
- ¿Cómo que no? ¿Y por qué no? ¿Porque esta mujercita medio desnuda no quiera?? ¡Va hombre, va! ¡Dejaos de tonterías y vamos por trabajo!– dijo enfadado el empresario.

Dicho esto se oyó la voz de Pepet que venía de, la copa de uno de los árboles:

- ¡Ahora es el momento!

Y empezaron a caer las láminas de aluminio, que habían cogido la forma de unos barrotes bien gruesos. Los indígenas tiraban los barrotes de aluminio y los clavaban en el suelo.

Entonces Pepet y los animales bajaron de las copas de los árboles y gritaron:

- ¡Estáis atrapados! ¡Ahora no podréis salir de aquí!

Los hombres se asustaron mucho, ¡no paraban de gritar y correr en círculo! ¡Estaban atrapados dentro de una jaula! Los barrotes de aluminio habían formado un círculo a su alrededor y no los dejaban ni volver atrás ni echar adelante. ¡Realmente no se podían mover!

Los indígenas, los animales y Pepet les rodearon por fuera de las vallas de aluminio. ¡Estaban muy contentos porque habían detenido a los que venían a destrozarlo todo!

El empresario de la fábrica de aluminio pidió que los dejaran marchar.

- ¡Ni hablar! – oyó que alguien le respondía.
- ¿Quién ha hablado? – y miraba a través de los barrotes a los pobladores de la selva.
- ¡Yo he hablado! – le dijo un barrote.
- ¿Un barrote habla? – el empresario saltó asustado.
- ¡Y tanto que hablamos! ¡Y os queremos decir que no os moveréis de aquí mientras no quede bien claro que no volveréis nunca jamás a destrozar la tierra!

El empresario suplicó tanto a los barrotes, a los animales como las personas que los dejaran salir, que ellos sólo estaban haciendo su trabajo, que no querían hacer daño a nadie, pero que necesitaban la bauxita para hacer el aluminio para hacer las latas de bebida.

- ¿Ah sí? ¡Pues nosotros necesitamos el río para beber y el aire para respirar! – le respondió la mujer indígena.
- ¡Y nosotros un lugar en donde vivir! – le respondió un árbol gigante.
- ¡Y yo no quiero vender más latas! – le dijo Pepet.

El empresario gritaba y lloraba, mientras pedía que le dejaran salir y que le dejaran hacer su trabajo, ¡que necesitaba la bauxita! Pero los otros se negaban a dejarlos salir.

- Jefe, quizás que pensara en vender alguna otra cosa, ¿no? – dijo un trabajador que no había bajado del camión - A mí no me importaría fabricar botellas de vidrio en vez de latas de aluminio.
- Así no ensuciaríamos tanto la selva – dijo otro.

El empresario no quería oír hablar de dejar de hacer latas. Pero los trabajadores al ver todo el panorama y darse cuenta del destrozo que estaban haciendo a la naturaleza, le dijeron que no contara con ellos para hacer más láminas de aluminio. Así que el empresario tuvo que aceptar su derrota y prometer que no cogería nunca jamás bauxitas de debajo del suelo.

Los trabajadores y los indígenas se pusieron a hablar de cómo podrían arreglar aquello que estaba destrozado, y pensaron que si todos y todas se ponían a trabajar podrían plantar árboles y la selva ya crecería para volver a su estado natural, aunque tendrían que pasar muchos años antes de que volviera a ser la selva que era, porque un árbol tarda mucho en crecer y el destrozo que habían hecho era muy, muy gordo.

Aquella noche hicieron una fiesta de reconciliación para celebrar que ya nunca jamás se destrozaría la selva de aquella manera y que al día siguiente se pondrían "manos a la obra" a trabajar para devolver la naturaleza a su lugar, limpiar el río y el aire.

La fiesta fue muy bonita, y mientras los pájaros cantaban y otros cocinaban o bailaban, la mujer indígena presentó Pepet a los trabajadores del aluminio.

- Este es Pepet - dijo - un niño muy listo que ayudó a las láminas que llevabais a Barcelona a salir del barco, nos ha ayudado mucho.

Los trabajadores se interesaron mucho por él y por lo valiente que había sido. Pepet estuvo charlando toda la noche, explicándoles las aventuras que había vivido en su viaje a Brasil. También les explicó su historia, cómo su familia se había despistado y le había dejado en el puerto de Brasil. Al explicarlo se puso triste. Pero rápidamente se alegró cuando uno de los trabajadores le dio la solución. Él mismo se encargaría de acompañarlo hasta el barco que lo llevaría a su casa de nuevo.

Al día siguiente Pepet se despidió de sus amigos y amigas de la selva y marchó en barco hacia casa. Cuando llegó a Barcelona, él solito, pequeño como era, cogió el tren y llegó a Sancugàliu. Llegó a media mañana, y pensó que encontraría a sus padres en la tienda. ¡Pero no había nadie! Entonces fue hacia casa y encontró a sus padres deshechos, llorando. Cuando le vieron estallaron de alegría, y todo eran besos y abrazos y llantos de alegría, ya no de tristeza.

Los padres de Pepet no pararon de pedirle perdón por haberle olvidado con las prisas del viaje y también de preguntarle si estaba bien, si había pasado miedo o hambre, que dónde había estado, qué había hecho, y de explicarle que habían estado muy tristes desde el momento en que se dieron cuenta que no estaba en el barco, que pidieron que alguien lo buscara por todo Brasil, pero que no lo encontraban. Tras un buen rato de alegrías, caricias y mimos, Pepet vio que en la nevera donde estaban las latas de bebidas ahora todo eran botellas de vidrio. Su padre le dijo:

- Ahora ya no nos llegan latas, sólo botellas de vidrio, no sabemos por qué. Lo siento, porque sé que a ti te gustaba mucho venderlas.

Pepet sonrió y le dijo:

- ¡No te preocupes, papá, ahora me gusta vender botellas de vidrio!

Pepet, aquella tarde, con toda la familia escuchando, explicó su increíble aventura:

"Yo estaba encima del árbol cuando escuché que el barco marchaba, y corrí al puerto, pero el barco ya estaba en el mar. Me enfadé mucho y me puse muy triste. Aquellos días tristes en el puerto de Brasil comí lo que encontraba en unas cajas que traían los barcos. Un día, encontré una caja grande de hierro que iba a Barcelona, y me colé. Allá dentro todo estaba oscuro, y me estuve bien quieto hasta que pusieron la caja dentro el barco. Allá dentro yo pensaba que estaba solo, pero ¿sabéis qué? había unas láminas de aluminio. Sí, de verdad, ¡y hablaban! empezamos a hablar, y me dijeron que estaban tristes, porque ellas antes eran unas piedrecitas que se llaman bauxita, y viven debajo de las selvas tropicales, como la de Brasil. Pero una empresa de hacer aluminio llegó y echó a los animales, cortó y quemó los árboles y levantó toda la tierra, hasta que extrajeron la bauxita. Cuando hacían esto contaminaban mucho el río con una tierra que ahogaba a los peces. Después cargaron la bauxita a los camiones y la llevaron a la fábrica de aluminio, que es un lugar muy grande que necesita mucha energía para fundir la bauxita y hacer láminas de aluminio. Al hacer esto, contaminan el aire, el agua y sobre todo gastan mucha energía eléctrica. Cuando las láminas ya eran láminas, las llevaron al barco para llevarlas a Barcelona. ¡Lo que querían era hacer latas de bebidas de aluminio para que nosotros las vendiéramos en la tienda! Yo, al darme cuenta que esto no estaba bien, decidí ayudarlas, y nos escaparnos del barco. Para eso hicimos un barco pequeño de aluminio que flotaba en el mar y llegamos a las costas de Brasil. Allá unos cocodrilos nos ayudaron a llegar al río, y subiendo por el río volvimos a la selva, que estaba toda destrozada, quemada y contaminada. Allá conocí una mujer de un pueblo indígena que me explicó que ya no podían pescar, ni pasear, ni comer debido a aquel destrozo. Preparamos una trampa por si volvían, y cuando volvieron los de la fábrica de aluminio, ¡los encerramos dentro de una especie de jaula que habíamos hecho con las láminas de aluminio! Allá hablamos con ellos, una vez no se podían mover, y al final ¡aceptaron no hacer más aluminio y dedicarse a hacer botellas de vidrio! hicimos una gran fiesta todos juntos, y en aquel momento unos trabajadores me prometieron que conseguirían que yo llegara a casa. ¡Y ya estoy aquí!".

Toda la familia estaba en silencio, con los ojos abiertos como naranjas. Nadie decía nada.

- ¿Qué pasa? ¿No me creéis? – dijo Pepet, indignado.
- ¿Quieres decir que no soñaste todo esto bajo el árbol donde te quedaste dormido?

La familia no sabía si creerse la historia de Pepet, decían que lo había soñado. Pero Pepet insistía y decía que era verdad. Al final, la madre, dijo: "bien, tanto si es verdad como si no, estamos muy contentos que estés de nuevo entre nosotros y a partir de ahora no venderemos más latas de aluminio, sólo botellas de vidrio".

Pepet, aquella noche, durmió soñando cómo explicaría aquella aventura a sus compañeros de clase para que lo creyeran. Y roncando, roncando, este cuento se ha ido acabando.